

Mi estimada Lucía:

Hace mucho que no me atrevo a dedicarte tortuosos pensamientos y amargas palabras. Conocedora de tu encierro, creo que te hará feliz saber que, en mi mente, has sido liberada de la carne. Tu nombre es una idea de ti, la silueta que circunda el hueco que te pertenece, el vacío que me has dejado. Sin embargo, yo agonizo desesperada ante esta circunstancia, con la garganta colmada de gritos de horror por no ser capaz de evocar tu rostro, porque te me escapabas; mas te niegas a oírlos. Al mismo tiempo, alimentando mi llanto, me devora la angustia por imaginarme en situación paralela: diluida, descompuesta, perdida en tu pensamiento, erradicada del único corazón que quise por hogar. ¿Por qué nos has hecho esto?

Eres el árbol que, a mi tronco, ha crecido enlazado, mis heridas cicatrizaron en tu carne y, queriendo liberarme, nos estás matando. Seremos fragmentos imposibles de recomponer, errantes criaturas exhibiendo sus deformidades y sus roturas para que todos queden advertidos; marcadas como un hijo maldito. Me mutilas, me extirpas el corazón, creyendo que eres la gangrena que me condena. No es justo que sólo tú hayas elegido la muerte de ambas, como tampoco es justo que disfrutes de tu refugio en la ignorancia. Mas, con la verdad de una sacerdotisa recién emergida de su éxtasis profético te digo: he intentado vivir y sé qué hay después de ti.

Movida por la más cruda carencia y por el frío más descarnado, tomé un nuevo amante. Fuera por el beneplácito público o por la ternura que reservaba para mí, no importa: sé que fui vencida. Sucumbí, de nuevo, al bajísimo deseo de vivir, al antojo de todas las experiencias que me habían sido vedadas. Desfallecida por tan largo ayuno, se me ofrecían, al fin, las succulentas delicias que tú –por las dos– habías rechazado. Me dominó el hambre y abracé tan primario instinto.

El mundo se vuelve más hermoso cuando hay alguien degustándolo a tu lado. Y yo, triste y egoísta, sólo quería arañar un poco de esa felicidad, saberme digna de amor y de vida, recordar qué se sentía. Añoraba esa luz en todo mas me estaba engañando al creer que podía sentirlo, que merecía vivirlo: ya no queda nada de mí para ti ni para nadie. Soy el cadáver de tu amante, enterrada en el campo. En tu desprecio, las más viles criaturas me han consumido, las raíces me atravesaron y, por tu abandono, se ha echado a perder la riqueza de esta tierra: todo se lo han bebido las zarzas y las malas hierbas. Pero no voy a permitir que la erosión del olvido que persigues me destierre y me disperse en un último insulto. Yo no viviré y tú no olvidarás, esa es mi condición para

sellar el pacto. El viento te llevará mi aullido por los pinares de la sierra, la sombra de mi esquelética mano se proyectará en tu ventana y quedará tu sangre helada cuando intuyas mi sonrisa.

Lucía, mi amiga, mi amante, espero que esta alma te sacie.

Atentamente, Suspiria.